

EL NOMBRE ES ARQUETIPO DE LA COSA

(Udi Abraham)

¿Quién no fantaseó alguna vez con cambiarse de nombre?

¿A quién no lo sedujo, aunque sea un tanto así, la posibilidad de elegir soberanamente el nombre por el cual habrían de llamarlo?

¿Cuántas veces no hemos lamentado el malhado que torció nuestro destino cuando nuestros padres nos “nombraron”? Es decir, nos impusieron la más fuerte de las marcas. Y así como de sus ijares echaron nuestra materia al mundo, fué de sus bocas el aliento transfundido que creó nuestras almas.

Nos “nombraron”, nos definieron y recortaron del resto de la humanidad. Insuflaron en nosotros esa pequeñísima cuota de divinidad que – paradójicamente – nos humaniza.

Nos reconocemos en nuestro nombre, somos nuestro nombre, hasta que tomamos conciencia que – al igual muchas otras cosas – no lo elegimos. Nos lo “impusieron”.

Normalmente esta percepción nos asalta en esa época de la vida en la que empezamos a cuestionar todo lo que durante nuestra infancia fue certeza y hasta artículo de fe.

Nada casualmente – sostengo – es también por esos años que la emergencia de nuestros sentidos, la potencia de nuestros deseos, y la urgencia por obtenerlos nos hacen renegar de todo lo que nos pudiesen haber impuesto: mandatos, tabúes, interdicciones y hasta el nombre con el que alguna vez nos “dijeron”.

“El mundo era tan reciente, que muchas cosas carecían de nombre, y para mencionarlas había que señalarlas con el dedo...”

En estas palabras inconfundibles, e incomparables, se confirma la presunción; somos cuando nos nombran. La existencia, antes de ser nombrados, es un limbo de indiferenciación, un magma primigenio, un mainstream de potencia. De ella emergemos cuando nos nombran, y la voz que aprendimos a reconocer aún antes de ver la luz nos llama.

Así, elegir un nombre es – aunque sea parcialmente – renunciar a aquel que nos dieron, y rechazar, así sea sin reconocerlo, a quienes nos nombraron, o bien, dicen otros, sería comenzar un camino que en algún momento nos llevará a poner en su justa medida lo que heredamos y lo que construimos. Crecer lo llaman, también.

¿Será?

Sea así, o asá, la elección de un nombre para uno mismo no es poca cosa. Encierra, cómo no, el deseo de ser – aunque sea en parte – “otro”. Ahora bien, ¿Cuán “otro” será?.

Si consideramos que el material sobre el cual tomaremos la decisión es el reservorio de nuestros recuerdos: caricias recibidas, gritos soportados, triunfos pasajeros, derrotas pertinaces, juegos excitantes, trabajos aburridos, proyectos truncados, coitos salvajes, cópulas rutinarias, goles malogrados, asistencias perfectas, plazas frecuentadas, bares trajinados, playas concurridas, músicas disfrutadas, lecturas inconclusas, miedos persistentes, dolores agudos, goces fugaces, sábanas transpiradas, noches interminables, sonrisas falsas, llantos genuinos, ternuras vergonzantes, orgullos estúpidos, vergüenzas obstinadas, amores enconados, traiciones abyectas...considerando todo esto – decía – ¿será nuestro nuevo nombre más ajustado a nuestra esencia, o – vaya paradoja – ya nadie nos reconocerá en él?